

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

PRECIOS DE LA SUSCRIPCIÓN

MADRID: Edición de la mañana. . . 1 Ptas. Mes.
PROVINCIAL Y PORTUGAL. . . 5 Ptas. Trimestre.
EXTRANJERO. 12
ULTRAMAR. 15
PRECIO DE LA VENTA
Por mes. 5 Ptas.
Por mayor. 50 céntimos.
MADRID. Factor, núm. 7.

DIARIO POLITICO Y DE NOTICIAS

ECO IMPARCIAL DE LA OPINION Y DE LA PRENSA.

Fundador: D. Manuel Maria de Santa Ana.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

UNA PAGESA LINEA
Los anuncios de primera plana, reclamos, etc., financieros, referencias y Bancos y Sociedades, a precios convencionales. Se reciben en esta Administración, en la Sociedad General de Anuncios, en la Agencia Hervas, 8, plaza de la Bourse (Paris), y en todas las agencias de publicidad.
ADMINISTRACION, Factor, 7.

AÑO XLVI. NÚM. 13.754.

Madrid, Jueves 3 de Octubre de 1895.

OFICINAS, FACTOR, 7.

EL PAPEL DE ESTE PERIODICO PROCEDE DE
LA PAPELERA ARAGONESA
sociedad domiciliada en Zaragoza.

HERNIAS TRATAMIENTO CIENTIFICO,
curación y alivio inmediato,
radical en todas edades por el nuevo método del
DOCTOR FAVETTE, especialista francés. Del 10 hasta
el 30 del actual. Hotel Continental, San Sebastián.
Clínica en Barcelona, DIFUSION, 241.

LA SEMANA MILITAR

Introducción general.—Lo que se ha mandado a
Cuba.—Lo que debiera haber quedado
aquí.

Cum omnium rerum simulatio est
vitiosa, tum amicitia repugnat maxi-
me: esto, que sería verdad para los ro-
manos del buen tiempo, sin duda de-
jó de serlo en la época de decadencia;
en España también hubo buen tiempo,
y en él se tradujo la máxima latina al
refrán castellano «quien bien te quie-
re, te hará llorar»; hoy no rige ni
uno ni otra, y no pasa plaza de amigo
el que no hisonga a troche y moche,
es sospechoso el que calla y enemigo
mortal, aborrecible, el que *rara avis*,
rompe con el disimulo y dice la
verdad.

No es fácil cosa arreglar el mundo,
ni la parte de él que nos rodea; pero
tampoco es fácil cosa cambiar uno de
genio y figura, ni al fin y al cabo hay
por que cambiar, cuando las adverten-
cias y críticas tienen por objeto la re-
forma de vicios ó deficiencias particu-
lares en obsequio del interés común;
pues si se pierde la amistad de los me-
nos, se gana el aprecio de los más; y
así, sin necesidad de heroico temple
de alma, sino por sugerencias del
egoismo bien entendido, aquel, que no
siente en su fuero interno la llama
sacra del deber perpetuo, puede
abandonarse sin recelo ni escrúpulos
a la natural propensión de poner las
cosas en su punto, según leal saber y
entender.

Los lectores de LA CORRESPONDEN-
CIA DE ESPAÑA no han de tachar este
introducción de largo, ni de excusado.
No es largo, porque debe repartirse en-
tre todas *Las Semanas Militares* (y
otras) que con regularidad aparecerán
en el periódico reformado; ni es excu-
sado, como irán comprendiendo los
que lean hoy y otros días.

Duro ha sido el verano para el ge-
neral Azcárraga; pero no duro por el
gran trabajo que ha desarrollado, pues
ese ni pugna con su naturaleza, ni ha
caído sobre él el amargo y estéril, sino
endulzado por el éxito y fecundo en
resultados morales y tangibles. Si se

pone en parangón los miles de hom-
bres y el cúmulo de pertrechos envia-
dos a Cuba con las horas de trabajo
extraordinario, que costaron al minis-
tro de la Guerra esas expediciones, la
patriotismo y a la compleción robus-
ta del general, á su natural aplicado
parecerán las primeras un minuto
cada una. Pero entre esas horas lige-
ras, mezcladas con ellas, deben haber
transcurrido otras muy lentas.

La nación española ha dado cuanto
se le ha pedido con abnegación y vi-
rilidad más dignas de encomio que el
fervido y pasajero entusiasmo; el mi-
nistro de la Guerra, bien auxiliado,
ha sacado todo el partido posible de
los sacrificios del país. Si el general
Azcárraga no mirase al porvenir, si
fuera de los que se lavan las manos
con facilidad cuando se trata de lo
que ellos no han hecho, hoy por hoy
la satisfacción suya sería no solo gran-
de y legítima, sino limpia de toda nube
de amargura. Y sin embargo me atre-
vo á afirmar que algo muy patriótico
enturbia el ánimo del general, que
tantos y tan merecidos plácemes re-
cibe.

Hay que decirlo de una vez; lo que
se ha mandado a Cuba podrá bastar
para dominar la insurrección; si no
basta se puede mandar otro tanto, y
aun doble, siquiera lo que se mande
vaya costando cada vez más dinero,
á medida que nos acerquemos al lí-
mite, no indefinido, del crédito na-
cional.

La calidad de lo que se ha manda-
do, y de lo que se puede mandar, es
excelente en unos conceptos, acepta-
ble en otros para la empresa especial
á que se destina. Pero un militar de
las condiciones del general Azcárraga,
al tocar de cerca, tan á fondo, los re-
sultados de muchos años de imperio
de ideas erróneas respecto á las exi-
gencias de un buen organismo mili-
tar, no puede menos de estar preocu-
pado y afligido; preocupado, porque
debe comprender que las cosas necesi-
tan un cambio muy hondo; afligido,
porque las circunstancias, que han de
seguir al esfuerzo extremado, y hasta
á la satisfacción de la victoria, serán
poco propicias para una transforma-
ción provechosa.

Nadie debe hacerse la ilusión, y na-
die debe inspirársela á los demás, de
que en seis meses hemos improvisado
un ejército de 80.000 hombres á cen-
tenares de leguas de la metrópoli.
Bajo el punto de vista colonial, eso es
verdad hasta cierto límite; bajo el
punto de vista europeo, técnico, ni
hay tal improvisación, ni hay tal
ejército.

No hay improvisación, porque en
las guerras europeas (y para sostener-
las, si sobrevienen, paga la nación el

presupuestomilitar) las movilizaciones
y concentraciones deben hacerse, no en
meses, ni en semanas, sino en días. El
ministro debe haber tocado de cerca
que, aparte de la absoluta carencia de
los objetos, del material que es esen-
cial necesidad, las mismas disposicio-
nes orgánicas, la falta de comunica-
ciones harían imposible una movili-
zación oportuna, é inútil, desgracia-
damente, una concentración. Del mi-
nistro sólo depende el cambio orgáni-
co, que de seguro lo intentará; todo
lo demás excede á sus facultades, y
casi me atrevo á decir que á las del
gobierno más dictatorial posible. Un
cambio de ideas en los militares y en
los políticos es lo único eficaz en el
asunto, aunque, por desgracia, lo más
inverosímil.

No constituyen los 80.000 hombres,
que tenemos en Cuba, un ejército apto
para la guerra en Europa. Menos de
la mitad de la infantería tiene fusil
moderno, y son cuatro los modelos en
uso; la provisión de municiones sería
insuficiente aquí: ni dentro de un año,
quizás, podremos salvar estos inconve-
nientes. No hay en Cuba, ni hace
falta, la décima parte de la artillería
que necesitarían 80.000 soldados en
Europa; y respecto á la calidad, ni en
Cuba, ni en ninguna parte, tenemos
piezas que sean la última expresión
del arte; pues aun las ciento y pico de
Sotomayor requieren modificaciones
ya inventadas por el ilustre artillero,
pero no realizadas; y eso sin hablar
del complemento indispensable del
tren de combate. En Cuba apenas hay
en embrión parques de ingenieros, de
sanidad, de administración; y lo peor
es que también aquí tenemos poco,
muy poco.

La contemplación diaria de estas
deficiencias decisivas, imposibles de
remediar, no ya en el plazo premioso
de una movilización, pero ni en algu-
nos años de paz y abundancia, ha de-
bido amargar las satisfacciones del ge-
neral Azcárraga. Pero los amargos to-
nifican, y tengo la seguridad absoluta
de que si la vida ministerial le alcan-
za para ello, el actual ministro, rom-
piendo con rutinas inveteradas, ten-
drá en adelante por lema de su ges-
tión la creación y fomento del mate-
rial de guerra, con preferencia inex-
cusable á toda otra atención militar.
Toda la constancia y virilidad del ge-
neral Azcárraga, todo el prestigio an-
tiguó y todo el aumento, que á éste ha
procurado la preparación de la cam-
paña, no sé si bastarán para el éxito
de sus propósitos.

Creo que más le ayudamos los que
huimos de todo disimulo, que los que
consideran el colmo del patriotismo
callar lo malo y exagerar lo bueno.

GENARO ALAS.

LAS EXPROPIACIONES DEL ENSANCHE

Recientemente la comisión provin-
cial ha emitido un dictamen respecto
á cuestión tan debatida, y según nues-
tras noticias, el informe de dicha co-
misión es totalmente contrario á la
suspensión dictada por el excelentí-
mo señor Alcalde presidente respecto
de dos acuerdos adoptados por el
Ayuntamiento en 19 y 23 de junio
último; acuerdos que, de subsistir
traerán consigo la total ruina del en-
sanche de Madrid y del Ayuntamien-
to, que al fin y á la postre no podrá
soportar las consecuencias de tan des-
dichado negocio.

Parece ser que en dicho informe la
comisión provincial asegura que no
existen perjuicios para los intereses
generales.

El famoso asunto que en las Cortes
se detuvo, vuelve por lo visto á mar-
char, ahora viento en popa. Conviene
refrescar la memoria del público y del
gobierno.

Si los acuerdos suspendidos por el
alcalde, prosperan, los intereses ge-
nerales del ensanche, sufriran inmen-
so perjuicio y lesión enorme, porque si
el presupuesto de Ensanche no arroja
de ingreso como máximo más de
1.800.000 pesetas anuales próximamente
y de estos se destinan un mil-
lón de pesetas anual para pago de
intereses y amortización de las «Cé-
dulas para el pago de expropiaciones»
con las 800.000 pesetas restantes, muy
escasas, habrá necesidad de atender á
la total urbanización de las vías del
ensanche, cosa que resultará imposi-
ble de todo punto. Pero aún suponien-
do que la operación, que se proyecta,
fuera favorable para el Municipio y
para los que tienen fincas en el en-
sanche, existe una razón de gran fuer-
za para que el Alcalde de Madrid ha-
ya podido suspender los acuerdos
mencionados.

Esta razón es que la comisión de en-
sanche, por su propia iniciativa en el
acto de avenencia que preceptúa el
art. 4.º de la vigente ley del ensanche,
ha procedido á rectificar las tasacio-
nes antiguas, que en muchos expedien-
tes figuraban ya determinadas y aun
prestada á ellas la conformidad de los
interesados, concediendo á los pro-
pietarios los precios que suponen tienen
actualmente dichas propiedades, y por
si esto no fuera bastante, aun ha es-
tado más espléndida la comisión, por-
que con arreglo á dichos precios de
ahora ha determinado los intereses del
4 por 100 á partir de largas fechas es-
tos intereses de un precio ó capital
que no existía, y no existiendo el ca-
pital reconocido, claro está que no
puede existir el interés, puesto que
éste es el producto de aquél.

Parecía natural, y eso es lo que
manda la ley, que los propietarios, á
cuyos terrenos se les asigna los pre-
cios actuales, y los que hoy tienen
sus fincas, no se les reconociese in-
terés, sino que estos intereses diman-
nasen del valor que realmente tenían
los terrenos cuando se ocuparon para
vía pública; pero la comisión de en-
sanche ha fijado los precios actuales,
y de éstos hace después dimanar in-
tereses de 20, 25 y hasta 31 años de
ocupación, con lo cual la cesión gra-
tuita de la mitad de lo que resulte ex-
propiable, á que la ley invita á los ex-
propiados, resulta en la mayor parte
de los casos completamente ilusoria,
puesto que el aumento de intereses
excede enormemente más que com-
pensa á los interesados de la tan cac-
reada cesión en favor del Municipio.

Y no cabe que los propietarios cla-
men contra el que ahora llaman des-
pojo que el Ayuntamiento ha hecho
de sus propiedades, cuando casi siem-
pre que el Ayuntamiento ocupó esos
terrenos para urbanizarlos y poner
en condiciones el resto de sus solares
de una buena renta ó apropiación de
valor, fué por gestiones de los mismos
propietarios.

Sobradamente puede comprobarse
que la mayor parte de esas ocupacio-
nes las ha efectuado el Municipio pre-
cisamente á instancia de los particu-
lares; pero en todo caso esto no legiti-
maria jamás el absurdo patente de
haber á la vez precios nuevos y ocupa-
ciones antiguas, para pretextar el
abono de cuantiosos intereses.

Procede, por tanto, que en la ma-
yor parte de las liquidaciones se com-
pruebe oficialmente, y con toda exac-
titud, la fecha de la ocupación de los
terrenos para fijar aquella á que cor-
responda el precio abonable, del cual
han de dimanar los intereses, y se
evitará la concesión del dicho benefi-
cio á expedientes en que consten liqui-
daciones relativas á terrenos que ni
siquiera hoy están ocupados, ni lo es-
taron en muchísimo tiempo, dándose
el caso de que el Ayuntamiento haya
acordado respecto de algunas calles,
obras de desmonte y urbanización
hace muy pocos meses, mientras la li-
quidación comprende muchos años.

Tal sucede con la calle de Don Di-
ego de León, Pinar y otras que cruzan
en distintas direcciones al final de la
de Serrano, recientemente desmonta-
das, y por lo tanto, ocupadas ahora
por el Municipio, y la calle de Dono-
so Cortés, cuyo desmonte de 9.050
metros cúbicos, se halla aun pendiente
de subasta, según anuncio inserto
en el Boletín oficial de esta provincia
del día 3 de setiembre actual.

Muchas otras calles pudiéramos ci-
tar que se dan como abiertas y urba-
nizadas, existiendo tan solo en el pla-
no ó anteproyecto del ingeniero que
fué de este Municipio, D. Carlos Ma-
ría de Castro, y en la imaginación
de los concejales que fueron de la co-
misión de Ensanche, porque existe
calle al final de la de Serrano, que ni
aun en el anteproyecto aparece, y sí
aprobada recientemente por el Ayun-
tamiento; pero sin que se halle aun
sancionada por el ministerio de la
Gobernación, y, por tanto, es imposi-
ble á los comprendidos en este caso,
conceder los intereses de ocupación
que la ley determina solo para los ya
ocupados.

Procedase por quien corresponda á
una revisión de los expedientes, y de
seguro que los 12 millones de pesetas
que próximamente van ya liquidados,
quedarán reducidos á mucho menos
de la mitad, haciendo una prudente
selección de lo que realmente corres-
ponde abonarse, con arreglo á la ley
y á la equidad. De lo contrario, con
los 16 millones de pesetas que import-
a la emisión, no habrá ni para satis-
facer la mitad de las ocupaciones de
terrenos para vías públicas del ensan-
che; y si no, al tiempo, que es el mejor
testigo.

JOSÉ GAYO.

(Ex presidente de la Comisión de Ensanche).

Mañana publicaremos un artí-
culo sobre las desgracias de la
marina, titulado

NOBLEZA OBLIGA

escrito por
DON VICTOR M. CONCAS,
que no hemos podido publicar
hoy por la hora avanzada en que
lo hemos recibido.

Asociación de la Prensa.

En la última reunión celebrada por la
junta directiva, quedó organizado el ser-
vicio médico. Prestarán éste, por ahora,
los doctores Cortezo, Mariani, Pulido, San Ma-
rtín, Tierno y Tolosa Latour, de los cuales
no es necesario hacer elogio alguno. Más
adelante, y cuando las necesidades lo exi-
jan, á juicio de la junta, se completará este
servicio con el concurso de algunos especia-
listas eminentes.

El antiguo Instituto de vacunación de la
calle de Valverde, del cual es director el
Sr. González Araco, ha ofrecido á la junta
directiva vacunar y revacunar gratis, siem-
pre que lo deseen, á los socios y sus fami-
lias. La junta ha contestado á la comunica-
ción, en que se hace tan valioso ofrecimien-
to, aceptándole, en una expresiva carta de
gracias.

La Comisión encargada de estudiar las
bases para el establecimiento del Sindicato,
se ha reunido esta tarde, á las dos.

70

BIBLIOTECA DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

cha de vapor; luego estoy tres cuartos de hora
en la sala de inhalaciones; en seguida bebo el
agua y vuelvo á casa, donde duermo hasta la
hora de almorzar.

Y todos los días lo mismo.
Estos baños enrojecen la piel y parece que
ahogan al pronto, pero luego se experimenta
un delicioso bienestar.

El resto del tiempo, paseo cuando puedo.
Salgo todos los días, pero me parece que no
puedo más.

Y al decir esto, procuró sonreírse.
El oficial se había vuelto y la observaba
atentamente con visible emoción.

Matilde le llamó y le dijo:
—¿Me encuentras muy cambiada, verdad?
Fué tan imprevista esta pregunta, que el jo-
ven no pudo evitar que escaparan de sus ojos
las lágrimas.

Irritado contra sí mismo, hizo un esfuerzo
para serenarse y dijo:
—No tengas aprensión. No es tu salud lo
que más me inquieta.

—¿Pues qué es, entonces?
—Otra cosa.
—¿No puedes decirme?
—Sí. Temo que hayas comprometido tu por-
venir.

—Será tan corto...—murmuró ella.
—Siempre esas ideas...
—Escucha, Pedro; sé que me amas como yo
os amo, lo mismo á mí que á tí, con toda el
alma; pero precisamente vuestra ternura os ha
hecho traidor. En los cuidados extremos de
que me hacéis objeto, en la inquietud que leía
en vuestros ojos, adiviné la suerte que me es-
peraba. Además, algunas imprudencias de los
criados me han revelado el pasado... Se decía:
«Está como su madre», y más de una vez, arro-
jándola sobre su tumba, he leído grabadas en
el mármol estas palabras, que me parecían una
profecía: «Muerta á los veintitres años.» Por
eso tenía ambición de vivir. Yo hubiera que-
rido estar siempre con vosotros que sois tan
buenos. Yo temía la tristeza de una separación
por vosotros mismos. Un día se apoderó de mí
una loca esperanza. Un hombre me prometió
la vida que tanto deseaba.

Matilde cerró los ojos, no atreviéndose á mi-
rar al oficial, cuyo rostro casi tocaba al suyo,
recogiendo con avidez sus palabras.

Ella añadió con voz temblorosa:
—Sí, Pedro; yo hubiera querido tener fuer-
za y salud, porque conocía que mi debilidad y
mi dolencia eran el obstáculo levantado entre
mi felicidad y yo. Un día comencé á estar

felicidad era imposible; después de una con-
versación decisiva, y no pudiendo ya esperar
nada, experimenté el desaliento, el vértigo, la
locura: esta es la verdad.

Hablaba la joven con angelical dulzura. Pe-
ro en las últimas frases apoyaba la pronuncia-
ción en cada palabra, como temiendo que su
primero no comprendiese el sentido que ence-
rraban.

El pasado se representaba en la memoria del
joven; se acordaba de la ansiedad con que ella
le preguntaba, con que le pedía consejos, y del
silencio suyo refrenando todos los impulsos
del corazón.

Comprendió que el despojo de un amor no
correspondido la había arrojado en brazos de
Fabregues; que un minuto de desesperación
la había perdido.

—¿Qué decir ni qué hacer?
—Ya no tenía remedio.

—Desde entonces—añadió ella, bajando la
voz y llevando la mano al corazón,—aquí está
mi verdadera dolencia, que nadie puede curar.

—Querida Matilde!—murmuró el oficial es-
trechándola entre sus brazos con apasionado
ardor.

Ella se abandonó á esta caricia y quedó un
instante casi desvanecida, cerca su corazón del
corazón del único hombre á quien había
amado.

El la volvió á recostar cuidadosamente sobre
el canapé, y ella, en medio de su desvaneci-
miento, le oyó murmurar á sus oídos estas pa-
labras, que no debía olvidar.

—Y yo también, pobre niña, yo también te
adoro.
Ella le dió las gracias con una mirada en
que puso su alma entera y respondió:
—Me has dado la felicidad que deseaba. Soy
dichosa.

En este momento Juliana anunció al doctor
Jordal.
El semblante de la enferma se iluminó.
—¿Quién es el doctor Jordal?—preguntó la
señora de Breville.

—Le conozco por su fama—dijo el oficial.—
Tiene muchos amigos en Clermont.
—Es una excelente persona—dijo la joven
—un verdadero amigo.
—¿Le has consultado?
Un vivo rubor coloreó el rostro de Matilde.
—Mi marido le ha hecho venir dos ó tres
veces; tiene mucha confianza en él.
—¿Y tú?
—Para mí, va lo he dicho, es un amigo

EL DOCTOR MONT-DORE

67

—¿Es que habéis fijado la época de su
muerte?

—No vivirá mucho... la ciencia...
—La ciencia se engaña: me lo habéis dicho
ien veces vos mismo.

—Es verdad; pero no se engañará en este
caso.

—¿Estáis seguro de ello?
—Segurísimo.

—¿Y si á pesar de todo?...
—Es inútil insistir. No vivirá mucho.

El tono incisivo del doctor heló el alma de
Elena.

La energía con que se expresaba era de mal
augurio.

Evidentemente iba por una pendiente en
que no le detendría nada.

—Concedamos eso también—dijo ella esfor-
zándose.—¿Y después?

—Después—dijo él acercándose á la joven—
mo comprendes el porvenir que nos espera?
Rico, después de haber mantenido en el alma
de esta desgraciada la ilusión del amor y la
de esta de la esperanza, volverá á tu lado al
expirar el plazo convenido.

—¿De modo que está señalada de antemano
hora de su muerte?

—Con certidumbre.
—¿Sois un terrible calculista!

—Lo he combinado todo... Todo lo he pesa-
do, todo lo he medido...
—¿Y no sentís remordimientos?

—¿Por qué?
—Por ver sufrir...
—Endulzaré sus sufrimientos mientras
pueda.

—¿A la que expirará en vuestros brazos, sor-
prendiendo tal vez la ávida mirada con que
acecháis su postrer suspiro.

—Los médicos están familiarizados con la
muerte.

—¿Y habéis creído que yo consentiría en
ocupar el puesto de esa infortunada?...

La pregunta fué hecha con dulce inflexión
de voz.

—Esa es mi más firme esperanza—murmuró
Fabregues.—Ya sabes lo que te pedido y lo
que tú me has prometido. Te he suplicado que
no te admiraras de nada, estando segura de mi
inalterable amor. ¿Mantendrás tu promesa?
—Sin trabajo, os lo juro, porque me hacéis
diar el amor con tales cálculos.
—¿Qué dices?
—Y el dinero, si para adquirirlo hay que
ocurrir á tales infamias.
—Elena.

—Os compadezco por amar hasta ese punto
la riqueza. Yo, tan pobre como soy, incierta
del porvenir, expuesta á tantas incertidun-
bres y asechanzas, no he pensado nunca en
mejorar de posición por medios reprobados.
Sigo el camino en donde me ha colocado la
suerte, descorazonada por mi desgracia; pero
satisfecha por no tener que acusarme y con un
secreto deseo en el alma: el de encontrar un
compañero en este viaje de la vida, que me
sostenga y cuya amistad me la haga llevadera.
Creí que la había encontrado, pero ahora he
perdido la fe... La habéis muerto vos.

—¡Yo!—gritó él.
—Sí.

—Elena, te suplico...
—Será inútil. ¿Cómo habéis podido pensar
que yo aceptaría la herencia de esa pobre mu-
jer... que me aprovecharía de un dinero gana-
do de ese modo? Ocupando su puesto, me pa-
recería verla siempre crédula y engañada, con-
fiándose á los cuidados de un hombre que no
esperaba más que su muerte y contaba sus
días. Oíría su quejido en mi lecho nupcial, la
vería pálida y amenazadora, acusarme por mi
lujo usurpado, robado gracias á una indigna
superchería. Vuestro cálculo ha sido exacto
para vos, falso por lo que á mí toca. Ella ha
caído en el lazo que le habéis preparado... lle-
gá hasta el fin si os atrevéis... Vuestra acción
es un crimen, y yo no compartiré el precio de
ese crimen...

—¿Un crimen!

—¿Cómo lo llamaréis entonces?

—Este crimen lo cometo por tí.

—¿Habéis hecho mal. ¿Por qué no me con-
sultasteis? Entonces os hubiera dicho que el
primer bien es una conciencia tranquila, que
la medianía, adquirida por el trabajo, vale más
que una riqueza mal adquirida, que no me se-
ducen los gozos de la vanidad hasta el punto
de cegarme, como á vos, y que prefiero el hom-
bre ambicioso que erais, pero sencillo, traba-
jador y honrado que me ame por mí, sin nece-
sidad de un lujo mal adquirido que me haga
más agradable á sus ojos.

—De modo—dijo él con despecho, que me
he deshonrado inútilmente á mis propios ojos
que he engañado en vano á esta mujer impo-
niéndome la tortura de asistir á su lenta y do-
lorosa agonía, y habré ganado para nada esta
fortuna, con la que aspiraba á conquistar tu
afecto?

La joven no contestó.

El la atrajo hacia sí con violencia.

—Escucha—continuó con voz colérica.

Edición de la mañana

EL COLÓN

ÚLTIMAS NOTICIAS

Esta mañana ha recibido el general Beranger el siguiente cablegrama... Habana 2, 12-39 t. Cuando tiempo abance, saldrán para el sitio de la vanguardia el Conde de Venadillo, desde Mariel, y el Infante Isabel, de este puerto.

A las tres de la tarde, ha recibido el general Beranger el siguiente cablegrama: Habana 2, 12-39 t. Después de las primeras noticias del crucero Cristóbal Colón, nada se ha vuelto a saber por interrupción de líneas.

DE LA AGENCIA FABRA

París 2. Todos los periódicos de esta mañana publican despachos de Nueva York confirmando la pérdida del crucero de guerra español Cristóbal Colón. Casi todos los telegramas recibidos acerca de este suceso, lo atribuyen única y exclusivamente al violentísimo temporal que se desencadenó anteayer en las costas de Cuba, sin darse el menor crédito a la versión propagada por los filibusteros.

DECLARACIONES DEL SEÑOR MAURA

Ha llegado a Madrid el Sr. Maura y coincidiendo su regreso con las manifestaciones que a propósito de su discurso de Palma atribuyen al Sr. Cánovas los correspondientes de la prensa en San Sebastián, hemos explorado el ánimo del ex ministro liberal, que se expresa con muy respetuosa consideración personal hacia el señor presidente del Consejo, de quien dice que nunca recibió

que autorizase, y a quien agradece que haya categoricamente rechazado la especie de que las reformas proyectadas, votadas y no implantadas todavía, pudieran contribuir a la insurrección cubana.

Lamenta el Sr. Maura que durante meses enteros la prensa conservadora haya divulgado esta especie aprovechando el silencio y la tregua que el patriotismo imponía e impone a las diversas opiniones políticas, y dice que habría seguido callando sin la obstinada y creciente agresión de sus adversarios; y que en Palma al dirigir la palabra a sus electores, se apartó cuidadosamente de cuantos asuntos no importaban a la defensa de su criterio y de sus actos censurados.

En cuanto a la división del partido español cubano, el Sr. Maura cree que ni habrá empleado esta denominación el señor Cánovas, quien de antiguo profesa y sigue en los asuntos antillanos, ideas incompatibles con ella, ni habrá acordado a recoger con fidelidad su pensamiento las correspondencias telegráficas; porque el señor Cánovas, testigo de la división en épocas muy anteriores a 1893, reconoció y dijo cosa muy distinta en el Congreso; pareciendo mayores las garantías de exactitud que ofrece el Diario de las Sesiones. Niega el ex ministro liberal que en su tiempo sufriera persecución ningún partido, como se ha visto y se verá siempre que se pase de los asertos gratuitos a la comprobación y el análisis.

De la propia manera duda el Sr. Maura que el presidente del Consejo haya formulado contra él, el cargo que se le atribuye, y que por inexacto no se podría sostener de haber negado la insurrección después de estallar; añadiendo que la conspiración largata fue incesante en Cuba durante largos años, vigilándola siempre las autoridades; que no se puede hablar indistintamente de todas las fases de la insurrección desde su comienzo, y no es ahora oportuno, ni tal vez háito, examinar el influjo que hayan tenido sobre su desarrollo, acontecimientos y actos que, en efecto, no se podían prever, puesto que apenas se acierta a crear los después de presentarse.

Respecto a la gente de color, el Sr. Maura dice que no tiene los medios de que dispone el señor presidente del Consejo para apreciar si está o no definitivamente lanzada toda ella del lado de los rebeldes, mas cuando así fuese, planteando un conflicto de razas, no por livianos, sino por eficacísimos estímulos del instinto de conservación, hallárase el gobierno en una singular oportunidad para conseguir que todos los blancos amasen su concurso activo y fervoroso con el de nuestras tropas, y resultaría entonces todavía más grave la responsabilidad de restaurar y exagerar el predominio exclusivo de uno de los partidos cubanos en las esferas oficiales.

OPERACIONES DE CRÉDITO

Nuestro estimado colega El Tiempo dice lo siguiente: El ministerio de Ultramar emitirá pagaré de delegaciones a seis meses fecha, por cargo de la dirección general del Tesoro, a favor del Banco de París y de los Países Bajos, por valor de 50 millones en oro. Los pagarés (ó delegaciones) serán renovables a su vencimiento por otros seis meses, y se emitirán a medida que el ministerio

rio de Ultramar necesite situar fondos en el extranjero. El ministerio de Ultramar depositará en las cajas del Banco de París y de los Países Bajos billetes hipotecarios de Cuba de la emisión de 1890, afectando en garantía de esta operación hasta la cantidad necesaria a dicho objeto.

LOS RUIDOS DEL CONVENTO

Ayer mañana muy temprano acudieron al edificio conventual el gobernador eclesiástico, el provisor, Sr. Torres Asensio, el secretario del obispo Sr. De Diego y el coronel Sr. Morera. El objeto de la visita fué el de que los dos primeros señores pudieran escuchar los ruidos que días pasados habían tenido ocasión de oír.

Al efecto, se procedió a ensayar los efectos y estos dieron por resultado la plena convicción de las autoridades eclesiásticas de que los ruidos de los golpes eran exactamente iguales a los dados en anteriores días por los aludidos. Los golpes de ayer mañana se dieron en una de las habitaciones destinadas a la servidumbre, cuyo departamento jamás se había registrado.

Se dice que las religiosas han pedido apreciar en los ensayos que se han hecho de los golpes, que son idénticos a los que tantos sustos les han ocasionado. Hoy probablemente tomarán posesión de su cargo de demandados los que habrán de reemplazar a los anteriores.

CUBA

Último combate.

Noticias particulares dan cuenta de un reconocimiento practicado en las inmediaciones de Manabon (departamento Oriental) por una sección de 32 soldados del primer batallón peninsular, que salieron de Puerto Padre el día 22 al mando del segundo teniente D. Ricardo Sesma y Fernández, procedente del regimiento de Cuenca, de guarnición en Madrid.

LA CORTE EN SAN SEBASTIAN

San Sebastián 2, 12-53 t. Acaba de llegar el Sr. Cánovas, procedente de Biarritz. En la estación le aguardaban el señor duque de Tetuán, el gobernador civil don Patricio Aguirre Lizarruri, y el director de La Unión Vizcaína.

dos graves. Nuestras fuerzas un soldado muerto y otro herido. Además consiguió el Sr. Sesma recatar once campesinos que los insurrectos llevaban presos por no ayudar a fomentar la insurrección.

Un telegrama de El Imparcial da cuenta del fallecimiento en Cuba del teniente de artillería D. Francisco Betasini y Muñoz, de cuya gravedad dimos noticia.

Ha zarpado ya de la Habana para España el vapor Montevideo, que conduce a Ceuta deportados a los Sres. Tamayo, Bravo, Bethancourt y Fajardo.

El teniente coronel que mandó la acción del Potrero de las Varas en Cuba, y que resultó herido, D. Antero Rabin, de quien tantos elogios hacen por su heroísmo los cablegramas recibidos, es natural de Santiago de Compostela y pariente del rector de aquella Universidad, Sr. Teijeiro.

La mayor parte de las fuerzas de infantería que tomaron parte en la acción proceden de Galicia, que fueron de la Coruña con el regimiento de Zamora, al mando del coronel Izquierdo, y de los regimientos de Granada y Chiclana.

(TELEGRAMA OFICIAL)

800 contra 30.—Ataque de un poblado.—Otros encuentros.

Habana 2. Comandante destacamento Charcón, con 30 hombres, salió persecución partida que se encontraba en Algodonales, fué atacado por 800 hombres, mandados por Bermúdez, Matagás y Muñoz, consiguiendo rechazarlos y obligarlos retirarse, causándoles dos muertos vistos, varios heridos; por nuestra parte un soldado muerto, dos heridos y tres extraviados.

Noche 30 fué atacado poblado Vueltas, siendo rechazado enemigo.

Coronel Oliver alcanzó en San Agustín vanguardia enemiga, dispersándola, haciéndole tres muertos, entre ellos ayudante cabecilla Ricardo Rodríguez, cogiéndole dos caballos con monturas. La columna sin novedad.

Al efectuar reconocimiento en Trinidad teniente Vizcaya D. Luis Arrato, con 20 hombres, encontró enemigo, consiguiendo capturar cinco. Por nuestra parte un herido.—Arderius.

DE LA AGENCIA FABRA

En pro de la autonomía.

Londres 2. Una carta de la Habana publicada en The Times, haciendo la causa de los autonomistas, hace constar la necesidad de que España satisfaga la mayoría de las aspiraciones de los cubanos, si quiere restablecer hoy y mantener mañana el orden en la isla de Cuba.

OPINIÓN AUTORIZADA

El Sr. D. Esteban Armengual, correspondiente de la Agencia Fabra en Barcelona y uno de los más antiguos capitanes de nuestra marina mercante, nos remite el telegrama que sigue, suplicándonos que lo facilitemos a nuestros abonados:

Contando cerca de treinta años de navegación y con mando de buques cerca de veinte de los mismos, y conocedor de los peligros de los arrecifes Colorados de la isla de Cuba, durante los temporales que trastornan las corrientes, por haberlos recorrido en diferentes ocasiones y haber naufragado en ellos yendo como pasajero en un vapor americano, creo de mi deber manifes-

BARCELONA 2.

—Si, nosotros, nosotros. Este cambio tan súbito, casi sin saber donde hallarte.

—Os escribi... —Viajáis, y además, en los primeros meses de un matrimonio... Pero dejemos esto y hablemos de tí. Míframe de frente,—le dijo poniéndole las manos sobre los hombros.—¿Eres dichosa?

Matilde miró a su primo, que le volvía la espalda y parecía distraído mirando a la calle y respondió en voz baja: —Sería dichosa si estuvieseis a mi lado, como en otro tiempo.

—Demasiado sabes que es imposible. —¡Ay! —Pero en adelante estaremos donde estéis aquí ó en otra parte... «Tú perteneces a este hombre.»

La baronesa dijo «a este hombre» después de un instante de vacilación. No tuvo valor para decir: «tu marido».

En segunda añadió: —Pero también nos perteneces. No se nos puede prohibir que te veamos, que cuidemos de tí. ¿No eres casi mi hija? Una madre no cede nunca sus derechos.

—¡Ah, mi buena tía! —Vamos, puesto que tenemos la suerte de encontrarte sola... —¿Sabéis que el doctor está ausente?

—Sí, nos lo ha dicho una mujer... —Miette. —No sé cómo se llama... una alta, morena... —Sí, es Miette... algunas veces solemos comer en el hotel Pavillon.

—Ella nos ha dicho: Mr. Fabrègues ha salido en coche hacia Murols. —Va a ver a sus amigos—dijo Matilde—para excusarlo. Yo estaba fatigada esta mañana muy débil... Al decir esto le acometió un golpe de to que hizo palidecer a la baronesa.

—¿Cómo va la salud? —Ahora estoy en tratamiento. En los primeros días me parecía que recobraba las fuerzas... Creo que he abusado de la mejoría... Este país es tan hermoso que siente una tentación de salir, de pasear, de imitar a los demás que trepan por las montañas... Hay sitios maravillosos, puntos de vista soberbios. Ya verás, ¿estais algún tiempo aquí, que si estarás, ¿verdad?

—Regreso a Clermont, pero volveré. ¿Y a qué consiste el tratamiento? —¡Oh! es bastante duro. Por la mañana a las seis, un baño casi hirviendo, después una d

La señora del presidente del Consejo regresará esta noche de Biarritz. El ministro de Estado no da importancia al anunciado viaje a esta del general Azórraga.—Aguilar.

San Sebastián 2, 12-25 t. El Sr. Cánovas fué a Miramar con objeto de dar cuenta a la reina de la pérdida del crucero Cristóbal Colón.

El rey de Portugal saldrá para París el día 4, a las tres y media de la tarde. No se detendrá en Biarritz.—Aguilar.

San Sebastián 2, 12-30 t. S. M. la reina ha firmado los siguientes ascensos: A contraalmirante, D. Segismundo Bermejo; a capitán de navío de primera, don Antonio Terry.

San Sebastián 2, 12-40 t. En la aduana de Irún, el Sr. Cánovas abonó, previa declaración, 33 pesetas por una mantelería que trajo del extranjero.

San Sebastián 2, 12-45 t. El sábado saldrá el marqués de Valde-terrazo para París.

El ministro de las Colonias inglés, acompañado de su familia, ha cumplimentado hoy a S. M. la reina.

Ha salido para Madrid la Infanta Cristina.—Aguilar.

LO QUE DICE CÁNOVAS

(POR TELEGRAMA)

San Sebastián 2, 12-5 t. Conferencié con el Sr. Cánovas sobre los asuntos del día.

El presidente del Consejo me dijo que el viaje del ministro de la Guerra no tiene nada de misterioso ni sabe como ningún periódico pueda darle interpretaciones en ningún sentido.

Viene—dijo—a conferenciar conmigo y a consultar con S. M. la reina sobre ascensos de oficiales generales.

Hace tiempo que desaba descansar unos días. Aquí estará muy pocos.

Si llega el 5 del actual, hablará conmigo aquella misma mañana, y aquella tarde saldré yo para Madrid.

Occupándose luego el Sr. Cánovas de la pérdida del Colón, manifestó que nada más injusto que los ataques a los marinos españoles. El naufragio—dijo—se debe a un ciclón horrible. Los mismos telegramas que han aparecido en la prensa refieren que en un día ha descargado el cielo la séptima parte de la lluvia que cae en Cuba en toda la temporada de las aguas.

Así puede apreciarse lo extraordinario de la borrasca.

Lo ocurrido revela la alta previsión que tuvo el gobierno enviando las tropas para que llegaran antes de 1.º de octubre.

Si el ciclón coge este barco ó a otro cualquiera con tropas, la catástrofe hubiera sido horrible.—Aguilar.

COMISION ARANCELARIA

Presidida por el Sr. Villaverde, ha discutido ayer la comisión arancelaria de Cuba el voto particular del Sr. Alzola al dictamen de la ponencia primera, referente a metales y minerales.

El Sr. Alzola fundó su impugnación en que, así como para otras clases del arancel, por ejemplo la de tejidos, se establecen derechos elevados para los extranjeros, no sucede lo propio con los hierros y la maquinaria, a los que por el dictamen que se discute se trata de imponer derechos tan exigüos, que más valdría fueran declarados libres.

El Sr. Calbetón, que ha redactado la ponencia, defendió su criterio con gran número de datos y sólidos argumentos.

En el debate, que fué muy amplio, intervino incidentalmente el Sr. Ruiz de Velasco.

No se adoptó acuerdo alguno, suspendiéndose la sesión.

SORTEO.

Paréceme que el día 10 de este mes se verificará en el ministerio de la Guerra el sorteo de jefes y oficiales de infantería, para cubrir las plazas en los cuerpos que han de ir en noviembre próximo, a reforzar el ejército de Cuba.

desde hace años eres mi ideal, mi locura, mi impulso y mi alegría; por obtenerte lo he intentado todo. Es imposible que sea verdad lo que dices. —Si—contestó ella sencillamente. —¡Creo ser juguete de un sueño! ¿Eres decir, que rechazarás esa fortuna por vanos escrúpulos?... —Quiero estimar al esposo que elija. —¿Es decir, que me desprecias?... —No desprecio a nadie... No juzgo a los demás... pero me aconseja una voz interior... Al decir esto, él la apretó con tal violencia, que la joven lanzó un grito de dolor. —¡Tened cuidado!—dijo—¡me lastimáis! —¡Ten cuidado tú!... Una pasión como la mía es peligrosa cuando se la espera! —¡Calmaos!—dijo ella vivamente.—¡Algún día riene! Se oía, en efecto, ruido de pasos en la escalera y voces que se aproximaban. —¿Es esa la última palabra? —No es uno dueño de sus sentimientos?—contestó ella evadiéndose.—Reflexionaré... Veré... El repitió: —¡Ten cuidado! Lo que he hecho, lo he hecho bajo la fe de tu promesa... ¡Manténla, por lo pronto! ¡Después... ya veremos! —Yo no tengo más que una palabra ¡la cumpliré! ¡Esperaré! —¡Adiós, pues! ¡Pero cualquiera que sea tu resolución, piensa que si no eres mía, no serás de nadie! Ella hizo un gesto de duda y de resignación a la vez. En el momento en que los pasantes, cuyas voces se habían oído, llegaban a la torre, el doctor desapareció por la escalera por donde había subido. Entonces la joven se inclinó sobre la senda suspendida en el vacío, y llamó con un grito. Apareció una cabeza ligeramente congestionada, tanto por la emoción como por los ardientes rayos que el sol del Mediodía dejaba caer sobre las ruinas. Era la cabeza del barón Pablo d'Aubagny.

provisas de esos objetos familiares cuya compañía nos es grata como la de antiguos y buenos amigos. Los muros estaban decorados con un papel claro, para evitar que la humedad, estropeando las pinturas y los dibujos, hiciera precisa la renovación frecuente. El único mueble algo confortable era una meridiana que Fabrègues había comprado en Clermont, diciendo a la joven: —¿Qué importa el interior de la casa? Allí está la salud. Y a la vez señalaba con un gesto las montañas, entre las que se ocultaban Mont-Dore y sus bienhechores manantiales. —Por algún tiempo, Matilde había prestado fe a estas falaces promesas. —¡La salud! ¡La vida! ¡Con qué afán esperabas la realización de esta profecía, en que no creías el profeta mismo! Sin embargo, parecía justificada. El aire puro y ligero de las montañas, la eficacia y la virtud de las aguas de Mont-Dore habían prestado fuerzas a la joven en los primeros días de tratamiento. Pero a esta efímera resurrección sucedió el desfallecimiento, y la doliente pasaba casi todo el día postrada. Aquel día, Matilde, después de almorzar sola, tendida como una oriental sobre su diván, miraba con indiferencia la gente que discurría bajo sus ventanas. —¿Cómo echaba de menos París y el Grand Hotel, el palacio de Breville y sus perspectivas; los viejos criados que tanto la querían y en cuyos ojos leía la compasión que le inspiraba, ella, que lo tenía todo: nombre honrado, juventud, belleza y el prestigio que da una gran fortuna. Todo, excepto la salud, el más precioso de los bienes. Y había creído recobrar ese bien; se le había ofrecido y no se le daba. Todo lo había sacrificado a esta esperanza. Ante esta idea, suspiraba. De pronto brilló un destello de alegría en sus ojos. Ante el pórtico de la iglesia, que daba en frente de su habitación, había visto detenerse dos personas, que designaban su casa diciendo: —Es aquella. Al poco tiempo la criada anunció dos visitas. Matilde se había ya levantado y procuraba ocultar ante su tocador las apariencias de tristeza que reflejaban en su rostro. —Está bien—dijo—ya sé... los he visto... Hacedlos entrar.

Dos minutos después pasaba de los brazos de matía a los del oficial de Bures, que la colmaban de caricias. —¡Ay! ¿De qué podían acusarla? De un momento de locura, en el ardor de la juventud, que le hacía aspirar con delicia las promesas de vida que halagaban su corazón. Los dos la querían demasiado para no perdonarla. Una emoción extraordinaria se revelaba en el rostro del militar. Adoraba a aquella Matilde, a la que había visto crecer; mejor dicho, sentía por ella un culto tan exclusivo que le impedía unirse a cualquiera otra mujer. Y ella estaba allí, ante él, pero perteneciendo a otro, que la había arrebatado como esos viratos que hacen su botín desembarcando de improviso sobre las costas. —¡Y si todavía aquel bribón la hubiese arrebatado para salvarla! El oficial sentía deseos de llorar en presencia de aquella moribunda. —Ven,—dijo Matilde a su tía, llevándola hacia el salón, si se puede llamar así a la reducida pieza que antes servía de sala de consultas al doctor Fabrègues. —¿Es aquí donde habitas?—preguntó la señora de Breville. —Ya lo ves... Cómo solo estamos de paso. —¿Comprendes?... —Comprendo que estás mal, y eso es todo. —Estamos aquí tan poco... —Tú si estás, puesto que felizmente te hemos encontrado aquí. En fin, si te agrada... —Tengo conmigo a Juliana,—dijo la joven dirigiendo a su tía una mirada suplicante. Todo estaba contenido en aquella frase: «Tengo a Juliana» quería decir, «tengo todo cuanto me queda de mi antigua existencia. Juliana me recuerda el pasado y me habla de vosotros. No tengo nada más.» Su tía la abrazó estrechándola con ternura sobre su pecho. —¡Pobre, pobre niña!—murmuraba. El oficial se volvió para ocultar una lágrima que resbalaba por su mejilla. —¿Estás sola?—continuó la baronesa.—Se nos ha dicho así en el hotel Pavillon. —¿Os apestaís allí? —Hace un instante; he estado ocho días en Clermont, en casa de Pedro... —¿Por qué no habéis venido antes? —¡Tomámos molestato. —¡Vosotros!

—¡Pobre, pobre niña!—murmuraba. El oficial se volvió para ocultar una lágrima que resbalaba por su mejilla. —¿Estás sola?—continuó la baronesa.—Se nos ha dicho así en el hotel Pavillon. —¿Os apestaís allí? —Hace un instante; he estado ocho días en Clermont, en casa de Pedro... —¿Por qué no habéis venido antes? —¡Tomámos molestato. —¡Vosotros!

